

árabe de la honda brecha, que abriera en sus privilegios la prepotencia del orgulloso Almanzor, se encontraron en la corte de don Sancho, conde de Castilla, los embajadores de Mahdi y de Suleyman, quienes aspirando ambos á regir á nombre de Hixem II la maltratada nave del califato, cada cual intentaba atraerle á su partido, no sin ofrecerle por el servicio crecido número de fortalezas y lugares. Declarado el conde por Suleyman, buscó Mahdi el auxilio del de Barcelona, quien peleó en las orillas del Guadalquivir con los auxiliares castellanos. Y aunque triunfaron los catalanes por la inexperiencia de Suleyman, á la muerte de Mahdi volvió á sus ambiciones aquel caudillo, acudiendo otra vez á don Sancho, brindándole con la entrega de las fortalezas, que el valeroso Almanzor conquistara. Astuto el conde, y escarmentado de la cobardía de aquel, tuvo por mejor recibirlas directamente de Guadih, ministro de Hixem II, quien se apresuró á satisfacer sus deseos, ajustando con él la paz ante la amenaza de que favorecería á su enemigo.

En virtud de esta negociacion le fueron devueltas doscientas fortalezas, entre las cuales se contaban San Esteban, Coruña del Conde y Osma. Noticioso otro conde del dichoso galardón, que grangeaban en la corte de los califas la audacia y el atrevimiento, acudió allí con una demanda semejante, que también quedó satisfecha. Así se desmoronaba el califato de Córdoba.

En tanto se deslizaba con rapidez la primera mitad del siglo XI, que ve sentado en el trono de Castilla y de Leon un Fernando I, en cuyo tiempo se trocó la suerte de muslimes y cristianos en la epopeya de la reconquista, reducidos aquellos á permanecer las más veces á la defensiva, y transformados estos de almogavares ó guerreros de algarada en verdaderos conquistadores. No es de extrañar, por lo tanto, que el mudejarismo entrase en una faz nueva.

La memoria de los vasallos moros de don Alfonso y don Ramiro I, la de los dueños de propiedades en el reino de Leon, si no los más remotos recuerdos de la capitulacion de Amir en Barcelona, pudieron concurrir, como otros tantos precedentes sobre la organizacion de los mudejares, á preparar y regularizar este suceso. Vinieron á agregarse hechos recientes, cuyo influjo debe ser atendido.

En los tiempos de Almanzor, segun queda apuntado arriba, habia pasado bajo tributo á la dominacion de los muslimes considerable número de villas cristianas y de castillos fuertes. Derramada por ellos la poblacion sarracena, dejó aquel caudillo á los cristianos sus goberna-

dores y condes, de los cuales le acompañaron buena parte á la expedicion de Compostela. Restituídos despues aquellos lugares al poder de los cristianos independientes, seria difícil concebir cómo la entrega de doscientos á un tiempo hubiera de verificarse, con expulsion completa de los habitantes musulimes.

Volviendo á la historia de Fernando I, bien se echa de ver, considerando los diferentes períodos de su vida, que no usó política constante respecto de los moros sometidos. En los primeros años de su reinado, bizarro, emprendedor, de ánimo para mucho y no nada receloso, guarda con los vencidos tanta cortesía y condescendencia, que raya en la tolerancia; despues se dá sin miramiento á desalojar los habitantes de los pueblos de la frontera, tornando en su ancianidad á alguna parte de su primitivo sistema de capitulaciones y alianzas.

Ni fuera aventurado, puesto que ajeno de la consideracion presente, el indicar que el mudejalato en Navarra y en Aragon tenia más profundas raices que en el territorio castellano, pudiendo considerarse aquella primera política de Fernando como una tradicion de familia¹. En todo caso, es indudable que inauguró su reinado con hechos que revelan política firme al par que conciliadora.

Aun no habia trascurrido un año desde que sucediera á su cuñado Bermudo III en el trono de Leon, cuando saliendo contra los moros de Portugal, que hacian correrías por su reino, les asoló el país, haciéndoles crueles matanzas. Tras rudo combate se apoderó de la ciudad de Sena ó Cea (1038), cuyos moradores permanecieron en la ciudad, pagando tributo². El mismo año fué tomada Viseo y las fortalezas Alfoens, concediéndose sitio para habitar á los pobladores árabes³.

1 Aunque no sea nuestro propósito hablar del mudejarismo en Navarra y Aragon, sino bajo el concepto de compararle con el de Castilla, nos limitaremos á recordar el gran número de sarracenos, que militaban por don García en la batalla de Atapuerca.

2 «Primo ingressu, caesis pluribus, cepit Senam, eo pacto, ut incolae remanerent, et essen subditi sub tributo». Rodrigo de Toledo, lib. VI, cap. XI, Sandoval (*Cuatro Reyes*, cap. I); Circourt (O. C., t. I, pág. 89); Amador de los Rios (*Historia crítica de la literatura*, t. III, pág. 368). La *Estoria de*

España, escrita por don Alonso (IV Parte, cap. X), refiere de esta suerte la expedicion: «Sacó su hueste, é fué contra los moros de contra Portugal é tierra de Luçena (Lusitania), que es agora llamada de Mérida é de Badajoz, que tenian estonces los moros; é desy priso á Cea é ganó á Gañe, que son en Portugal, é otros castillos que son en derredor; pero de esta manera que *finçassen los moros por sus vasallos*, é diéronle los alcázares y las fortalezas de las villas.

3 Los *Anales* de Resende dicen: «Era MLXXVI, IV Kalend. Julii, capitur

Por recto juicio parece, sin embargo, que tales concesiones tendrían más aplicación en el último lugar que en el primero, donde fué vendida con rigor la muerte de Alonso V, si bien pretenda Sandoval que esto solo tuvo ocasión en el primer ímpetu con aquellos que mostraron resistencia.

Al siguiente mes fué reducida Lamego con las mismas condiciones y por entrega que de ella hizo Zidan Aben-Huim-ben-Huim Abo-l-hacen, régulo prudente, que aun siendo el más poderoso que había dominado en aquella ciudad, no se atrevió á mantenerla por sí, aunque continuó al frente de su gobierno á nombre del rey don Fernando ¹.

Viseu die XVIII, postquam obsideri coepit. Sequenti die, hora tertia, traditur *munio Alafum Araba* (Arabibus) *obtento loco habitandi*. Este Alafum, que Sandoval interpreta cual nombre de un moro, es el lugar de Alafoens en Portugal, al norte de Viseo, que proviene de dos fortalezas ó castillos, llamados en arábigo *الأخوان* *Alajoen*, los dos hermanos. Verdad es que en tales habitantes debía haber multitud de cristianos arabizados, segun resulta de un pasaje de Muhammad ben Ibrahim de Sevilla en el *Raihanó-l-bab* (m. s. de Leiden), publicado por Dozy (*Historia Abbad.* tomo II, pág. 7). Tratando el citado autor de las expediciones de Almotadid, por los años de 1020, dice lo que sigue: وعزا

ببرتقال حصنى الأخوان وهما حصنان
متقابلان بيذنهما محرم فظفر بالروم
الذين كانوا فيها معاهدين بعهد موسى
بن نصير لابائهم وفيهم كثير ممن يتكلم
بالعربية وكانوا يزعمون انهم من ذرية
جبله بن الايهم الغسانى الذى تنصر*

«Y cayó en Portugal sobre dos castillos llamados *Alajoen*, uno enfrente de otro, con un precipicio en medio, haciendo presa en los cristianos que vivían allí apazguados con el pacto, que concediera Musa ben No-seir á sus abuelos, entre los cuales había muchos que hablaban arábigo, y pretendían

ser de la descendencia de Gebala ben Alai-ham Algazani (rey de los Gazanitas en tiempo del califa Omar), que abrazó el cristianismo».

1 Tales son las palabras del citado diario de Resende: «Eadem Era, XI Kalend. Augusti, capitur Lameco ab eodem Rege, dedente Zeidan iben Huim filius Huim post multam pugnam. Iste fuit maior regulus regulis de Lameco, et multa populavit loca á Durio usque Tavara vacua flumina, et mansit eum tributo». Mendez (*Poblacion general de España*, f. 185 v.) dice que Munden fué poblada por Zadam Aben Uvin, último rey de Lamego, año 1030, llamándola de su nombre corrupto en el corriente. Antes (f. 152) había manifestado que ganada Lamego por Alfonso III en 904, como se perdiera despues, reconquistóla Fernando I en 22 de julio de 1038, siendo régulo suyo Zadan Aben Uvim, volviéndola á ganar últimamente el conde don Enrique en 1102 del príncipe Eiha, quien bautizado con apellido Eiha Marun, quedó pacíficamente como tributario. Verdad es que narrando el Silense la toma de Lamego, cuenta que la mitad de los moros fueron degollados y la otra mitad encadenados para las obras de las iglesias, especie que repite la *Estoria de don Alonso*, con suprimir la circunstancia de las cadenas; pero las autoridades citadas, demás de la de Brandaon (lib. XV, cap. 10) y la de Vrito (libro VII, cap. 28), hacen más aceptable la narracion que hemos presentado,

Mientras así triunfante en Portugal, hacia pedazos el reino de los Benu-l-aftas, rindiendo y sometiendo á sus gualíes, penetraron los moros toledanos en Castilla la Vieja, cometiendo todo género de excesos. Voló al socorro de sus estados el soberano de Castilla, y poniendo sitio á San Esteban de Gormaz, plaza de mucha fortaleza, llamada también Castro-Moros, la rindió en breve, con lo cual, y habiendo dejado guarnicion en ella, pasó á la conquista de Vado del Rey y de Verlanga, apoderándose asimismo de Santa María de Aben-Razin (Albarracin). Despues corrió el campo de Tarazona, y paseando la Carpetania, llevó el pavor á lo interior del reino de Toledo, asolando los territorios de Talamanca, Uceda, Guadalajara y Alcalá de Henares, y cayendo sobre Madrid. Estaba sobre esta villa, cuando Al-Memon, rey de Toledo, vino á rogarle que le aceptase por vasallo, ofreciéndole dones de gran precio, con lo cual se templó la cólera de don Fernando, quien dió la vuelta á su reino ufano y victorioso.

Más adelante, ya en el año 1063, internóse dicho príncipe en el territorio de Almotadid, rey de Sevilla, el cual, con ser el más poderoso de los soberanos de taifas, tuvo que seguir el ejemplo de Al-Memon, sometándose á venir en persona al campo del castellano para ofrecerle párias y presentes. Y aunque le recibió la obligacion de párias anuales, por consejo de sus grandes y obispos, no fué esto obstáculo para que realizase sus pretensiones sobre Coimbra, tomándola en 1064, despues de un sitio de seis meses: allí quedaron cautivos en poder del vencedor más de cinco mil habitantes, y obligados los demás á abandonar sus hogares con solo lo necesario para el camino.

Estaba sitiando á Valencia (1065), cuando le atacó la enfermedad que le condujo al sepulcro.

La lápida de su mausoleo dice que hizo tributarios á todos los sarracenos de España ¹.

Breve y casi desnudo de importancia para el asunto que nos ocupa el reinado de su hijo mayor don Sancho, dió lugar, sin embargo, al logro de una expedicion dirigida contra el rey de Zaragoza, que se declaró su vasallo.

1 Sandoval, *Cuatro Reyes*, cap. I.

CAPÍTULO III.

Carácter oriental de la corte de Alfonso VI.—Alianzas del rey de Castilla con el soberano de Toledo.—Conquista de Córdoba.—Expedición contra Sevilla.—Toma de Toledo.—Capitulaciones otorgadas por el monarca castellano.—Política de Alfonso VI con los árabes de la Península.—Batalla de Zalaca.—Purificación de la mezquita de Toledo.—Fuero de mozárabes.—Triunfos de los cristianos en tierra de Valencia.—Conquista de Sevilla por los almoravides.

Debilitados cada vez más los musulmanes con la ruina del califato de Córdoba, consumada la obra de disolución emprendida por la aristocracia sarracena, manteníanse difícilmente sobre tronos, creados por la anulación del patriotismo y sostenidos por la precaria alianza de los reyes cristianos, la efímera soberanía de los príncipes conocidos en la historia con el sobrenombre de *reyes de taifas*. Época calamitosa para los fervorosos musulmanes la en que se realiza la caída de los Omeyas españoles, vino, sin embargo, á satisfacer las inclinaciones de los verdaderos árabes, quienes disgustados del absolutismo de los monarcas de Córdoba, no menos que del fanatismo intolerante de africanos y convertidos, habían anhelado en todo tiempo dar expansión á sus liberales instintos, ora en la elegancia suntuosa de sus costumbres, ora en el cultivo de las ciencias y de las artes. Como en los antiguos pequeños estados de la Grecia, y algun tiempo despues en las repúblicas que se formaron sucesivamente en Italia, cada reino musulmán, aunque débil en la relación política, se convirtió en un centro de ilustración y de cultura, que multiplicaba hasta lo infinito las variadas producciones del talento. Por tales causas, contendiendo las cortes de los nuevos soberanos en el esplendor con que revestían su aparato de grandeza, daba lugar aquella inmoderada pretensión á una perpétua enemiga entre los príncipes, receloso cada cual de que su émulo aspirase á restablecer el

califato. Agréguese á estas mudanzas el descrédito creciente de los faquíes, que eran las columnas del antiguo edificio gubernativo, y se comprenderá el provecho, que un príncipe cristiano, belicoso y tolerante podía sacar hábilmente de tal estado de cosas.

Á dicha acertó á reunir estas prendas, con la rica herencia de Fernando I, un monarca afortunado, el más á propósito por su carácter para levantar la ya presentida unidad española sobre la diversidad de intereses y de creencias. Las circunstancias históricas vinieron igualmente en su apoyo.

Habiase familiarizado Alfonso VI, durante su residencia en Toledo, con las costumbres de los alárabes, bajo cuya proteccion viviera en el destierro. Conocedor por este medio de la lengua é iniciado acaso en la literatura de los musulimes, protector él mismo de los literatos árabes, ofreció en breve la córte castellana no escasa analogía con una córte oriental. Fiel á las tradiciones de la política de su padre, reducida á empobrecer á los moros, antes de conquistarlos, puso á su servicio los recursos de un talento diplomático á la manera de aquel siglo, manifestado con éxito en muy afortunadas negociaciones.

Comenzó á dar pruebas de su sagacidad exquisita en la expedicion que hizo á principio de su reinado, con el objeto de acompañar á su aliado Al-Memon á la conquista de Córdoba; pues si bien fueron rechazados en las primeras tentativas por el valor de los que defendian la plaza, no tardaron en conseguir sus deseos, merced á los tratos secretos que mantuvo con Hariz Aben Oquexa, gobernador de un castillo puesto en las cercanías, el cual dió auxilio y traza para entrar en la ciudad. Ayudóle á continuar en este camino, que emprendió con suerte, la confianza que inspiraba á los musulimes, los cuales acudian á su córte, seguros de obtener análoga proteccion y aun más segura que en las córtes sarracenas. Como muestra del aprecio y honras que dispensaba á algunos árabes, pueden servir las anécdotas siguientes.

Avanzaba don Alfonso por las tierras de la morisma, cuando el citado Aben Oquexa, no inficionado todavia por el contagio de la defeccion, le escribió en estos términos:

«Ninguno entre los hombres es poderoso para destruir y asolar; y es seguro que si pudieran presentarse en tu camino diez como yo, no encontrarías la tierra desierta». Recibida la carta, avergonzado el rey ó picado en su amor propio (escriben los autores árabes), despachó un mensaje á Hariz, rogándole que pasase á su campo y ofreciéndole se-

guridades por rehenes, que entregaria en su lugar de grandes señores y aun príncipes cristianos. Aceptó el campeón, y vino para Calatrava, fortaleza situada al poniente de Toledo. Allí encontró á los cristianos, que no dejaron de admirar su estatura, gentileza y porte belicoso, como quienes conocian (dicen los mismos historiadores) la bravura de su prosapia ¹. De los reales salió á recibirle el rey, muy afable y lleno de regocijo, mientras Hariz se apeaba y clavaba su lanza en tierra. Luego que Alfonso hubo contemplado su apostura, notable indicio de la verdad de cuanto le habian referido sobre el terror que infundía á los guerreros, condújole á un lugar donde estaban sus valientes y le dijo: «Hariz, deseo ver tu modo de mantener campo». Á lo cual respondió Hariz con estas palabras: «Este campeón no pelea sino con quien pueda hacerle frente; y para mí tengo la evidencia de que en cuantos me miran, no hay uno siquiera que pueda arrancar la lanza que he clavado en el suelo. Con todo, si alguno lograre, yendo á caballo, desprenderla, dispuesto estoy á lidiar con él cuerpo á cuerpo. Cabalgó entonces uno de aquellos valientes, y ni aun llegó á moverla de su sitio. Renovóse la prueba varias veces; pero sin resultado. Al fin dijo el rey al mantenedor:—«Veamos, Hariz, cómo consigues remover la lanza». Hariz cabalgó y la hizo girar con la mano hasta sacarla del suelo. Admiróse la concurrencia y el rey se fué para él y le colmó de obsequios ².

Ni es menos característico el suceso que se refiere del mismo soberano al negociar con él el celeberrimo literato de Silves, Muhammad Aben-Ámmar, ya que no sea su fondo una ficcion poética, como parece el de algunos romances castellanos, á que se asemeja en el argumento.

Era Al-Mutamid de Sevilla, segun refieren los historiadores antiguos, el más poderoso de los sultanes de España, y no faltaba á Alfonso VI en el pagar el tributo con que habia servido á Garcia y Sancho, hermanos de este príncipe en tiempos anteriores. No satisfecho aun el monarca cristiano, invadió el territorio de aquel príncipe, con grandes fuerzas y con propósito de agregarlo á su reino. Á dicha suya tenia Al-Mutamid por guazir en aquella sazón al poeta Aben-Ámmar, varon de mucho ingenio, y que conocia perfectamente el carácter de don Alfonso, como

¹ Descendia de Oquexa-ben-Mohim, compañero de Mahoma.

² Al-Maccari, t. II.

quien habia frecuentado su córte. Advirtiéndolo (observa Mr. Dozy) ¹ que el rey de Castilla estaba *arabizado*, comprendió que no le seria difícil el atajar sus planes, si alcanzase á lisonjear sus aficiones ó sus caprichos. Á este fin, cuenta Abdelgauhíd ², hizo labrar un hermoso ajedrez, que no tuviera par para uso de los reyes de la tierra, con piezas de ébano y madera de sándalo, incrustadas de oro. Con él se dirigió al campo de don Alfonso, alegando un motivo estudiado, para utilizar la estimacion con que dicho rey le honraba. Comenzó por mostrar el ajedrez á cierto magnate favorito del monarca, con lo cual, llegada la nueva de tan sorprendente maravilla á oídos de don Alfonso, manifestó su deseo á Aben-Ámmar de contemplar por sí propio el tablero admirable, que habia traído consigo. Accedió á mostrárselo el ingenioso guazir, bajo promesa de que jugaria con él dicho príncipe al interés que él señalase á trueco del tablero; pero aunque agradó muchísimo la obra á don Alfonso, codicioso ya de poseerla, meditando sobre las condiciones probables del juego, no quiso ratificar su empeño inconsideradamente. Ben-Ámmar ganó, sin embargo, á algunos palaciegos á quienes confió en secreto el objeto de sus pretensiones, y siendo veheméntísimo el deseo de don Alfonso por adquirir aquella joya, á excitacion de aquellos servidores venales, consintió en jugar. Perdido el juego, significóle Ben-Ámmar que pedia se retirase con sus huestes. Tan mal pareció la propuesta á don Alfonso, que estuvo á punto de no respetar el concierto; pero representándole sus nobles lo indigno de tal conducta, contentóse con recibir doble tributo al año ³.

El carácter, sin embargo, de Alfonso VI no se prestaba á repetir la escena, y fueron vanos los esfuerzos del mismo Aben-Ámmar, cuando arrojado del reino de Murcia, con cuya soberanía se habia alzado, solicitó la proteccion de dicho príncipe. Atento este al fin político de su preferencia, no levantaba mano en su propósito de adquirir el dominio directo en los estados musulimes de la Península, deshaciéndose de los soberanos feudatarios que tenia entre los sarracenos. Cupo la desventu-

¹ *Histoire des Musulmans*, t. IV, página 163.

² *Historia de los Almohades*, texto árabe publicado por Mr. Dozy, pág. 83.

³ Á la verdad la concesion del doble tributo, explica suficientemente la retirada, en la exposicion de la cual la historia del

juego de ajedrez solo presenta la máquina ó el adorno del cuadro. Con todo, esta narracion llama la atencion sobre el colorido etnográfico y temporal de historias moriscas semejantes, que se reproducen en el conocido romance castellano de don Pedro Fajardo, en los de Moriana y otros.

ra de experimentar el primero los efectos de aquella política al monarca toledano. Vejado Al-Cadir de Toledo por sus vecinos de Sevilla, Badajoz y Zaragoza, hecho odioso y mal quisto entre sus propios vasallos, acudió en su debilidad al rey don Alfonso, quien prometió enviarle gente, no sin estipular de antemano que habria de recibir por el servicio sumas harto considerables.

Para satisfacer los deseos de su interesado protector, recurrió el mísero rey á los ciudadanos de más riqueza; y como rehusasen estos facilitarle lo que necesitaba, amenazóles con la pérdida de sus hijos, que serian depositados en calidad de rehenes en poder del rey de Castilla. No pudiendo sufrir tamaña flaqueza, ni exigencias tan intolerables, echáronle de la ciudad los habitantes de Toledo, mientras buscaban amparo en el rey de Badajoz, príncipe belicoso á quien juraron obediencia. Imploró nuevamente Al-Cadir al rey de Castilla, y empeñóle este su palabra de ir á poner cerco á Toledo, para restablecerle en el trono, á condicion, sin embargo, de que le diese cuanto dinero tenia, con oferta de entregarle en lo sucesivo cantidades de más consideracion, y algunas fortalezas en prenda. Consintió en ello Al-Cadir, y las hostilidades contra Toledo comenzaron en 1080. Llevaban dos años de sitio, cuando Alfonso envió, segun costumbre, una embajada al sevillano Al-Mutamid para reclamar las párias anuales. Iba de embajador encargado para percibir el dinero el judío Aben-Xalib con algunos caballeros castellanos. Sucedió que rechazando las monedas por parecer de baja ley, el judío repitió con altanería: «Yo no recibo más que oro puro: el año que viene tomaré ciudades». Tales palabras encendieron el ánimo no muy sufrido de Al-Mutamid, quien mandó prender á los caballeros comisionados y crucificar al judío ¹.

Juró don Alfonso por la Santa Trinidad tomar venganza de la afrenta; pero hubo de resignarse por el momento á solicitar el cange de los prisioneros, que obtuvo mediante la entrega de la villa de Almodóvar. Desquitóse en breve asolando el reino de Sevilla, sitió la capital, devastó la tierra de Medina-Sidonia, y llegando á la playa de Tarifa, metió su caballo en el mar, á ejemplo de otros conquistadores, para declarar así su poderío, que tocaba por esta parte en el último límite de España.

¹ Dozy, Abbad, t. II, págs. 174, 187, 231, *Histoire des Musulmans*, t. IV, pág. 192.

Satisfechos con este alarde su orgullo y su venganza, volvió á continuar el sitio de Toledo.

Perdida por el de Badajoz la esperanza de mantenerse en la *ciudad régia*, apresuróse á evacuarla con sus huestes, dando lugar por este medio á que volviera á ocupar Yahia Al-Cadir el trono de sus mayores. Tornó Alfonso á sus acostumbradas exigencias, y pareciéndole poco el dinero que alcanzó á reunir aquel rey de sus esquilgados musulimes, exigióle en rehenes fortalezas, villas y lugares. Sometióse á todo el desgraciado príncipe, menospreciado por sus súbditos, que emigraban en número considerable á los estados de los reyes vecinos. Para mayor confusion, apenas se hubo retirado el ejército de don Alfonso, comenzaron á correr impunemente sus tierras los ginetes de Al-Mutamid y del zaragozano Aben-Hud. Desesperanzado, en fin, de sostenerse en lo sucesivo, vista la gravedad de los males que trabajaban sus estados, resolvióse á escribir á don Alfonso, ofreciéndole la entrega de Toledo, con tal que le ayudara á recobrar el reino de Valencia.

El de Castilla, que no deseaba otra cosa, no se hizo esperar muchos dias. «Voló con alas, dicen los cronistas árabes, juntando la mañana á la tarde», y cuando hubo llegado á la ciudad, quedó evacuada y á su disposición, entrando en ella con su familia é hijos, no sin haber estipulado y jurado anteriormente pactos con los musulimes moradores, cuyo tenor era aproximadamente como sigue:

- 1.º Que los habitantes musulimes tendrian seguridad para sus vidas y haciendas, así como para sus mujeres é hijos.
- 2.º Que á nadie se impediria salir de Toledo segun su voluntad.
- 3.º Que no se impondria contribucion á los que permanecieren, fuera de la capitacion de costumbre.
- 4.º Que en el caso de volver un muslim despues de haber partido, pudiera recobrar sin dificultad la mayor parte de su hacienda ¹.

1 En el Kitebo-l-iktifa, códice de don Pascual Gayangos, utilizado por Mr. Dozy, Abbadid, t. II, pág. 18, se lee: فطار

اليها الفئس بجناح، ووصل الغدو بالروح،
فحين وافاه اخطى له البلد، وحصل فيها
بالاهل والولد، بعهد انشروط عليه ان

يومن من فيها من المسلمين في الانفس
والاموال والاهلين والبنين وان من احب
منهم التثقل لم يمنغ منه ومن احب المقام
لم يلزمه سوى اداء الجزية على عدد
ما عنده من الاشخاص وان رجع بعد

Á estas capitulaciones, señaladas menudamente en los historiadores árabes, añaden los nuestros otra, á que hacen frecuente alusion los escritores de los musulimes sobre la conservacion de la gran mezquita aljama ¹, materia que volveremos á tocar más adelante.

Parece asimismo que por entonces se contentó Alfonso con habitar en el alcázar, dejando casi enteramente la ciudad en poder de los antiguos mozárabes y de los musulimes ². La entrega de las fortalezas tuvo lugar el 25 de Mayo de 1085.

Pero si las ventajas de estas capitulaciones anuncian á las claras cuán grande era el anhelo del monarca castellano, por poseer la antigua capital del reino visigodo, nada impide que las consideremos tambien en otro sentido como una invitacion adelantada, dirigida por don Alfonso VI á los musulimes que en adelante se sometieran á su dominio. Á tener este carácter, como todo parece indicarlo, es indudable que el monarca castellano se hallaba á la altura de las circunstancias que le rodeaban, las cuales utilizó pasmosamente.

رحيله نزل على ما كان بيده من عتار دون
تعرض عليه في كثيرة فعاهدهم على ذلك
وتظاهروا صفة اليمين واقسم لهم انه لا يغدر
في ذلك *

1 De esta manera expone los mencionados pactos el arzobispo don Rodrigo: «Cepit itaque Toletum, aera millessima centessima vigessima tertia, multis pactio-nibus interpositis, videlicet ut sarraceni haberent plene et integre domos, et possessiones, et omnia quae haberent, et Regi remaneret praesidium civitatis cum viridario ultra pontem, reditus autem qui antiquo iure dabantur regibus, se persolverent Agareni, et etiam quod maior Mezquita, eis in perpetuum remaneret». *De Rebus gestis Hispaniae*, lib. VI, cap. XXIII.

2 Refiérela así el cronista Pero Lopez de Ayala, que memorando la entrega de Toledo, dice: «Ovieron (los moros) su pleitesia con el rey don Alfonso de esta manera: Que todos los moros vecinos de la ciudad que entonce allí vivian, fincasen en

sus casas, é con sus heredades, é con su mezquita mayor, é con sus alcaldes é oficiales, segun primero estaban en tiempo del rey moro cuyos eran: empero para se apoderar de la dicha cibdad, que el rey ficiese un alcázar en alguna parte della, é tomase con él algun apartamiento, dó toviése gentes suyas por ser seguro dellos y de la cibdad. E el rey don Alonso por cobrar una cibdad tal, que era tan noble, é tan grande, é tan honrada conquista, ovo gelo de otorgar á los moros que estaban en Toledo, segun lo demandaban... é mandó fazer un alcázar, el qual es hoy allí, é un muro dende el alcázar fasta el monasterio de San Pablo. É tenia aquel muro el andamio de la parte de fuera, é las almenas contra la cibdad, é hicieron en él torres... É por esta razon... esta costumbre fincó así que nunca se llamó *consejo*, nin fabló en manera de *consejo*, nin eran razon de llamarse *consejo*; en los moros que tenian toda la cibdad eran el *consejo* (*concejo*). *Año II de la Crónica de don Pedro I*, cap. XVII. Sobre este punto insistiremos más arriba.

Cumple demás de esto observar que la mala administracion, que pesaba sobre los desgraciados súbditos de los *reyes de taifas*, era una tentacion constante al mudejarismo. Incomodados aquellos por continuas exacciones, para pagar el tributo á los cristianos, de quienes eran vasallos sus reyes, veíanse forzados tambien al sostenimiento de córtés, que hacian gala de suntuosas y magníficas. En tal estado, la sumision á los cristianos mediante un solo tributo, no debia parecer antipática, dada la expectativa de vivir bajo un príncipe aficionado á las costumbres árabes y habituado á vivir entre musulimes. Comprendiéndolo así Alfonso VI, redujo toda la máquina de su política á dos principios únicos, que así revelan la profundidad de sus miras como su tacto admirable. Pensó seriamente en sujetar á su poderío directo la Península Ibérica, haciendo amable su dominacion al pueblo sarraceno, y convirtiendo en odiosa y despreciable la dominacion de sus reyes.

Conforme á este plan, la conducta de don Alfonso con aquellos soberanos, de amistosa y al parecer benévola en un principio, fuése haciendo cada vez más dura y exigente. Despues de la conquista de Toledo, recibió embajadores de todos los reyes de taifas, que le daban el parabien y se ofrecian á pagarle tributo. Llegó entre ellos á prestarle homenaje en persona el señor de Albarracin Hosam Ad-daula, haciéndose preceder por regalos de gran precio. Como se divertiese el emperador á la sazón en que entró Hosam-Ad-daula, contemplando los gestos de un mono, luego que le vió, dijole en son de befa: «Llévate esta alimaña en trucco de tus presentes». La alusion no podia ser más descarada; con todo, el príncipe, haciendo ademan de no entender el desprecio, aceptó el regalo, mirándolo como prenda de que no seria despojado de sus estados ¹.

No guardó más respetos al poderoso monarca de Sevilla. Arreglado lo conveniente á la conservacion y defensa de la ciudad de los Benu-Dzin-Non, envió don Alfonso sus mensajes á Al-Motamid-ben-Al-Motadid-ben-Abbed, requiriéndole para que satisficiese el tributo anual y varias fortalezas, extremando la osadía con exigir que le fuera permitido á su esposa Costanza pasar á Zahra con motivo de su próximo alumbramiento, como asimismo efectuarlo en la mezquita aljama de Córdoba, por los puros aires de aquella ciudad y la virtud del lugar de la mezquita, en cuya parte occidental hubo un templo muy venerado de los cristia-

1 Abbad, t. II, pág. 18.

nos ¹. Esto era arrojar el guante á la desesperacion de los musulimes, que hacia tiempo tomaban sus medidas, á fin de parar el golpe que les estaba preparado. Con motivo de la última conquista del castellano, habia escrito el poeta Aben-Al-Gassel:

«Andaluces, tomad vuestras monturas, la permanencia aquí es un error;

»El collar de la Península se desgrana por sus cabos: su hilo se halla roto por el medio;

»Vémosnos rodeados de enemigos que nos acosan; ¿cómo vivir en un saco de culebras?» ².

Estos versos hicieron viva impresion en los reyes de taifas, que aceptando la frase de Mutamid:—*Vale más guardar camellos al rey de Marruecos que cerdos al monarca de Castilla*,—enviaron un mensaje secretamente á Yusuf-ben-Textufin, pintándole con vivos colores el estado de la Península, y encareciéndole la necesidad de que viniera en su ayuda. La invitacion, firmada por Al-Motaguaquil de Badajoz, Al-Mutamid de Sevilla y Abdallah de Granada, era tanto más lisonjera para Yusuf, cuanto que con la ocupacion de la ciudad de los concilios y la posesion de importantes desmembraciones del antiguo califato, creció el poder y ostentacion de don Alfonso hasta nombrarse *emperador de los dos cultos*, lo cual á los ojos de los musulimes, envolvía cierto sacrilegio, como que parecia ambicionar el título de Califa ó Amiramomenin de Occidente ³.

Sabedor el rey de Castilla de cuanto se negociaba contra él, encargó á literatos árabes, ⁴ de los que vivian bajo su gobierno, redactar

1 Abbad, t. II, pág. 239. Al-Maccari, t. II, pág. 676.

2 Al-Maccari, t. II, pág. 672.

3 Se lee en el citado Kitebo-I-iktifa:
وتسمى بالانبرطور وهو بلغتهم امير المومنين
ويجعل يكتبه في كتبه الصادرة عنه من
الانبرطور ذى الملتين «Dábase el nombre de Imperator, que en su lengua vale tanto como Amiramomenin (príncipe de los creyentes) y comenzó á escribir en sus despachos:—*Del emperador de las dos religiones*, etc».

La verdad es que sin ceremonias tan solemnes como las usadas años adelante por Alfonso VII, solian apellidarse emperadores los soberanos de Castilla y de Leon desde Fernando I, circunstancia que explica Sandoval no muy satisfactoriamente, diciendo que tomaban tal título por ser principales sucesores en el imperio que los godos tuvieron en España, despues que los emperadores romanos cedieron y traspasaron en ellos el mismo derecho y suprema potestad que como reyes emperadores tenían (*Cuatro Reyes*, cap. I).

4 Al-Maccari, t. II, pág. 679.

una carta para el monarca de los almoravides, concebida en esta forma:

«Del amir Adhefonx al amir Yusuf-ben-TeXufin. Despues de los cumplimientos de costumbre, etc. Bien sabes que soy el amir de la religion cristiana, como tú lo eres de la del Islam. Tampoco se te oculta, cuánto sea el descuido de los reyes árabes en regir y administrar sus vasallos y cuán grande sea su afición á la molicié. Por eso no vacilo en causarles daño, destruyendo casas y estragándolo todo, dando muerte á los mancebos y cautivando doncellas y niños. Debes apresurarte á venir en su socorro, mayormente cuando es opinion vuestra que uno de los vuestros basta para pelear con diez de nosotros, como que cada mahometano que muere en la batalla vuela, á vuestro parecer, al cielo; mientras los nuestros se precipitan en el abismo. Sin embargo, es muy cierto que con el favor de Dios he triunfado de vosotros, y no una vez sola. Dias há que he sabido cómo intentabas pasar á España con grueso ejército, que habias alistado, é ignoro si temor ó si error en la cuenta ha sido parte á detenerte. Si no puedes venir, elige sitio para la pelea y pasaré adonde te hallas. Como venzas, serán estos reinos para tí; pero si yo lograrse vencerte, tendré el imperio de las dos religiones y llevaré á la cumbre mi poderío»¹.

Al llegar esta carta á la cancillería almoravide, la contestó inmedia-

من الامير اذفونش الى الامير (1)
يوسف بن تاشفين * اما بعد فلا خفا عنك
انى امير الملة التصرانية كما انك امير
الملة المسلمة * ولم يخفى عنكم ما عليه
روساكم بالاندلس من التخاذل والتواكل
واهمال الرعية والاخلاد الى الراحة *
وانا اسومهم سوء الخسب واخرب الديار
واهتك الاستار واقتل الشبان واسبى
الولدان * ولا غدر لك فى الخلق عن
نصرتهم وانتم تعتقدون ان الله فرض
على كل منكم قتال عشرة منا * وان قتلاكم

فى الجنة وقتلانا فى النار * نحن
نعتمد ان الله اظفرنا بكم واعاننا عليكم *
وبلغنا عنك انك فى الاحتفال على نية
الاقبال * فلا ادري انك ان الخوف
ييطى بك ام التكذب لما نزل عليك *
فان كنت لا تستطيع الجوز فانتخب
اليك مكان القتال * وانا اجوز اليك *
فان غلبتنى فملك غنيمة جلبت اليك *
وان غلبتك كانت لى يد الاعلاء على
المئين واستكملت الامارة *

Casiri, *Bibliotheca Arabico-Hispana*, tomo II, pág. 117, Aben-Al-Jatib. *Círculo de la historia de Granada*, P. XI.

tamente un liberto andaluz; mas como pareciese larga la respuesta á Ben-TeXufin, quiso contestarla por sí mismo, escribiendo á la vuelta de la carta de Alfonso: «Lo que habrá de suceder lo verás»¹.

No se descuidó el castellano en hacer sus preparativos de guerra: reunió sus huestes, y satisfecho de su número al par que engreído con la costumbre del triunfo, apenas supo que el almoravide habia pasado el Estrecho, apresuróse á salir á campaña.

Antes de su salida de Toledo, refieren los historiadores árabes que tuvo don Alfonso una vision simbólica de carácter extraordinario. Soñó cierta noche que iba montado en un elefante, llevando á su lado un atabal que él mismo tocaba². Despertó tembloroso, y ya amanecido, hizo llamar á obispos cristianos y á doctores judios, á quienes habló en estos términos: «He tenido un sueño que me asusta»;—y despues de exponerles la materia del sueño, añadió:—«Lo que más me aterra é inquieta es que en nuestro pais no hay elefantes: ¿de dónde podria venir tal fiera? Tampoco usamos atabales: ¿cuál seria el origen del que he visto? Pensad en comprender el sentido de esta vision y explicádmelo, pues me llena de temor lo que entiendo de ella».—Respondiéronle los obispos y los sabios judios:—«En verdad, señor, la vision indica que harás huir multitud de muslimes, ganarás considerables riquezas y apresaráis su campamento, con cuyo botin volverás á tus estados poderoso y en triunfo. En cuanto al elefante, simboliza al rey de la tierra africana, que se ha concertado para venir á tu encuentro, sobre el cual te levantarás (venciéndole) por fuerza, hasta humillarle. Se te ha asemejado á un elefante por su grandeza y por ser el elefante, como él, originario del Sahara».—Así pretendian dar sus explicaciones sobre lo que eran preguntados. Poco satisfecho, sin embargo, don Alfonso de aquellas lisonjeras interpretaciones, les dijo:—«Mi corazon me lo ha explicado todo, y no miente. Cuanto habeis dicho en vuestra explicacion es

1 Al-Maccari, t. II, pág. 680. Aben-Al-Jatib (lugar citado) pretende que la respuesta decia: «Verás lo que no has oido». El autor de la obra titulada Kitebo-l-iktifa supone que respondió con este verso de Al-Motanabbi: «No valen cartas lo que espadas y lanzas, ni mensajeros lo que un ejército numeroso»; mas advierte Mr. Dozy (*Histoire des Musulmans*, t. IV, pág. 204)

que se compadece mal tanta erudicion con el carácter rudo é iliterato de Yusuf.

2 Obsérvese la semejanza y gran parecido, que existe entre esta historia y la conseja y refran castellanos sobre el tambor de Al-Manzor. En realidad pudiera decirse asimismo de don Alfonso VI, que perdió el tambor en la batalla de Zalaca.

falso: y veo que sobre este particular no sabeis nada. Volviendo entonces la cabeza hácia la multitud de musulmes que habia presente en su cámara real, pertenecientes á la clase de mudejares ¹, les dijo:—¿Hay en esta tierra alguno de vuestros alimes ú hombres doctos?—Si hay, le respondieron: el sabio Muhammad-ben-Isa Al-Moguemí, que está leyendo en su mezquita.—Mandó el rey llamarle inmediatamente; pero fueron vanos los esfuerzos de sus correligionarios para conducirle á la presencia del que miraba como un infiel. Entonces para disculpar al faquí dijeron al monarca que no era uso de aquellos hombres piadosos llegar á la casa de los príncipes, con lo cual vino don Alfonso en exponerles su sueño para que se lo consultaran. Halláronle asimismo leyendo en su mezquita en Toledo con otros faquíes, y éntendido que hubo el asunto de la consulta, les dió esta respuesta:—«El acontecimiento á que se alude en la vision está cercano: decidle que le harán huir los musulmes con vergonzosa derrota, de la cual saldrá maltratado con dispersion de los suyos».—De vuelta los mensajeros, refirieron á don Alfonso cuanto el faquí habia explicado, y no pudiendo contener la ira que alteraba su semblante, pronunció estas palabras:—«Por Jesus que si mintiese he de hacer un ejemplar con él» ².

No bastó el pavoroso vaticinio á detener los preparativos de marcha que disponia el castellano; ganoso de adelantarse á los musulmes, penetró en el reino de Badajoz, donde llegó hasta un lugar cerca de la capital, que los árabes en su lengua decian *Zalaca*, por corrupcion, segun parece, del nombre latino *Sacralia* con que lo designaban los cristianos. Su ejército numeroso, como la langosta que cubre los campos, no bajaba, por cálculo probablemente exagerado de varios autores árabes, de doscientos mil combatientes.

Contábanse en su hueste, segun un autor arábigo, ochenta mil caballos, mitad cubiertos de hierro y armados de piés á cabeza, y la otra mitad en su mayor parte ginetes musulmes armados á la ligera, que combatian á sus órdenes, en número de hasta treinta mil. Tambien

(1) من بقايا الساكنين ببلاد . . .

....de los que permanecieron habitando en su país.

² Abbad, t. II, pág. 193—195. Cualquiera que sea el valor directo de esta tradicion histórica, ilustra convenientemente

sobre el estado de los mudejares en la córte de don Alfonso. Aparte de esto, no resulta en modo alguno inverosímil que los faquíes mudejares vaticinasen derrotas á los cristianos, á la manera que los moriscos rebeldes de la Alpujarra profetizaban triunfos á los suyos.

venian con él cuarenta mil judíos, que se distinguían entre los demás soldados por su traje tradicional y sus turbantes amarillos y negros ¹. No parecían, al decir de los escritores musulmanes, las fuerzas de Ben-Texufin tan numerosas; pero ocultas mañosamente, mientras las haces del rey de Sevilla sostenían lo fuerte de la pelea, sobreviniendo de improviso, hicieron terrible destrozo en el ejército castellano (1086).

Temió Alfonso que tras aquella gran desdicha cayesen sobre sus estados mayores desventuras, y para conjurarlas, llamó en su ayuda los príncipes de la Galia ²; pero no se hubo menester por entonces su concurso: la muerte del hijo de Yusuf, que había quedado en África, forzó al almoravide á tomar la vuelta, suspendida así la amenaza que pesaba sobre los cristianos.

Acomodándose á los tiempos, bien que no perdida la esperanza de ensanchar sus conquistas, dedicóse don Alfonso por buen espacio de tiempo á organizar el país que había sometido, necesidad urgentísima por la rapidez con que se habían sucedido sus triunfos, y las concesiones que había otorgado en algunos lugares, tal vez con menoscabo de su soberanía.

Vimos ya que al pactarse la entrega de Toledo, había prometido á los mahometanos, llevado del anhelo de poseer la ciudad, conservarles sus haciendas y la mezquita aljama con sus alcaldes y oficiales, reservándose el rey el derecho de construir un alcázar, con un recinto apartado para guarecer sus gentes y atender á la defensa de la ciudad.

Cuenta la *Estoria de España* escrita por don Alfonso X, que en el espacio de un año, después de la conquista, condescendió á duras penas con los musulimes, hasta el punto de no elegir arzobispo ni aun establecer su palacio en ella ³. Pero pasado este tiempo, y retirados los

1 Aben-Al-Jatib, *El-Ihata ó Circulo de la historia de Granada*, Parte IX, con referencia á Jahia-ben-Muhammad-ben-As-Seirafi.

2 La narración de los *Anales de Floriac* es como sigue:

«Quo infortunio exterritus mittit (Adhe-fonsus) ut ei subveniatur, alioquin se foedus cum sarracenis inire et aditum praebe-re, quo in Gallias transiret minatur. Hac accepta invitatione Gallorum, proceres certatim milites congregant... verum Aga-

reni Francorum adventu audito, cum suo Regetergera praebent, nequaquam eos expectare audentes». Aunque jactancioso este relato, y con tendencia á empañar el brillo de la hermosa personalidad de Alfonso VI, parece significar muy á las claras, que en el concepto de los franceses era un príncipe accesible á la influencia de la sociedad sarracena.

3 El rey don Alfonso seyendo entregado en Toledo, éralo con gran preytesía en la retenencia de la cibdad, que la oviese el

almoravides, pensó sériamente en disponer lo relativo al reino de Toledo, llamando á él considerable número de pobladores para que no volviese á poder de los musulimes. Congregados los nuevos moradores en 28 de Diciembre de 1086 para tratar de la eleccion de prelado, aunque el rey deseaba que recayese en su pariente don Sancho, vióse forzado á ceder á las influencias de su esposa doña Costanza y de los pobladores francos, que se llevaron tras sí los votos del pueblo, siendo elevado á la silla de los Ildefonsos y Julianes don Bernardo, abad del monasterio de Sahagun, francés como la reina y sus ayudadores. Hizo asimismo construir el alcázar, que rodeó de fuerte y almenado muro, y puso en él por alcaide al Cid Ruy Diaz, quien lo encomendó por sí á Alvar Fañez de Minaya; no sin dejar por su parte para defensa y seguridad de los moros, conforme á lo estipulado, mil hombres de á caballo de los fijosdalgos de Castilla. Aunque más robustecida su dominacion por estos medios, no por eso aflojó en su sistema de tolerancia con los musulimes, rescatándolos de la dominacion vejatoria de los reyes de taifas y atrayéndolos al cristianismo por sus buenos oficios y procederés.

Proponíase de tal manera adelantar la obra de la reconquista, y en realidad la cimentaba sólidamente ¹, no sin contradicciones por parte

rey don Alfonso, que era con gran dubdanza, queriendo él fazer eleto para arzobispo; é los moros alargaron esta elecion para otro año adelante. É estonce quando el rey esto vió, les quiso fazer gran fuerza, é fueles diziendo mansamente poco á poco las cosas que cumplieran, para apoderarse de la cibdat é para aver ende señorio entregadamente, é establesció en la ciudad un trono, esto es, su silla real fasta que establesció y segura morada con buen alcázar que no avie y estonce, sino uno de pared de tierra, así como lo departen los que cuentan muy anzianamente é otro si fasta que fuesen y poblar algunos de la fé de Jesucristo é los afirmasen y, de guisa que fuesen tantos que lo que escogiesen en la cibdad que no valiese más que lo de los moros».

1 Hé aquí cómo describe este linaje de política la *Estoria de España* por don Alon-

so: «É por haber la tierra más de ligero defendió á los suyos que non fiziesen nengun mal á los moros que moraban en los llanos nin en las cibdades, nin les robassen nin les tomassen nenguna cosa de lo suyo, é sobre esto embiol él dezir á esos moros que le non pechassen, nin le pecharien mas de quanto solien pechar á sus moros, é que no les contrallarie nenguna cosa de sus fueros segun su ley é de como lo usaran: é esto fazie el rey don Alonso cuidando que por esta manera podria aver el Andalucía en poco tiempo», etc. Al-Maccari, t. II, pág. 748, indica lo mismo con redaccion diferente:

فاستولى العدو على طليطلة وانزل
من بها على حكمه وخرج ابن ذى التون منها
على اقبح صورة وافطع سيرة وراه الناس
ويده اضطراب يأخذ به وقتاً. يرحل فيه

de los que le rodeaban. Refiere al propósito el arzobispo don Rodrigo ¹, que aprovechando una ausencia del rey el antiguo abad de Sahagun, y alentado por la reina doña Costanza, hízose acompañar de muchos cristianos, y entrando con ellos de rebato en la mezquita mayor de Toledo, no solo se atrevió á purificarla, sino que puso campanas en el más alto minarete para convocar á los fieles. Sabido el suceso por el rey, mostróse indignado y lleno de dolor, por cuanto pactara con los mudejares la conservacion de la mezquita; y apresurando la vuelta desde Sahagun, donde se hallaba, hizo el viaje en tres dias, no sin anunciar por todas partes, que iba á quemar al electo Bernardo y á la misma reina ². Mas como llegase la noticia de su furor á los árabes toledanos, salieron así los grandes como los menores con las mujeres y los niños para recibirle y calmarle, hasta la villa de Olias (Magan dice la *Estoria de España*): los cuales vistos por el emperador, juzgando que venian en son de queja, trató de desarmarles, diciendo: «No han injuriado á vosotros, sino á mí, que he mostrado una fé inviolable hasta ahora; mas ya que no pueda encarecer en adelante mi lealtad, cúpleme satisfaceros con castigo severo de los culpados». Los árabes, no obstante, reflexionando lo que les estaba mejor, como cuerdos, levantaron la voz y pidieron hablar. Entonces el rey se detuvo un poco, con lo cual los árabes se expresaron de esta suerte: «Bien se nos alcanza que siendo el arzobispo jefe y príncipe de vuestra ley, cuando fuésemos causa de su muerte, ocasionada con motivo de su celo por la fé

فتعجب منه المسلمون وضحك عليه
الكافرون وبسط الكافر العدل على اهل
المدينة وجب التضرع
«Cuando el enemigo se hizo dueño de Tolétula y colocó los habitantes de ella bajo su autoridad, salió de la ciudad Aben-Dzi-n-Non en estado sumamente deplorable y de manera harto bochornosa, viéndole las gentes llevar un astrolabio en la mano con que tomaba el momento de su partida, con asombro de los musulimes y risa de los infieles. El infiel, no obstante, administró justicia en Tolétula é hizo amable el cristianizar á la muchedumbre abyecta».

1 *De Rebus gestis Hispaniae*, lib. II, cap. XXV.

2 proponens Bernardum electum, et reginam Constantiam incendio concremare. *Ibidem*. De imparcialidad semejante da testimonio nuestro antiquísimo poeta Berceo en su *Vida de Santo Domingo de Silos* (Coplas 733-750); describiéndonos el castigo que impuso Alfonso VI á unos caballeros, que hicieron cabalgada contra los moros de Guadalajara. Hablando de la condicion de estos, dice el poeta:

Ribera de Henares dende á poca tornada
Yace Guadalfaiara, villa muy destemprada,
Estonz de moros era mas bien asegurada,
Ca del rey don Alfonso era ensenaorada.

A él le servia la villa é todas sus aldeas;
La su mano besaban, dél prendian halareas;
Elli los amenazaba de meter en ferrepeas,
Si revolver quisiesen con christianos peleas.

cristiana, no escaparíamos de ser maltratados algun día; pues si muriese la reina por nosotros, no es menos cierto que nos haríamos aborrecibles á su descendencia, la cual habria de vengar el derramamiento de su sangre en lo venidero: por tanto, es nuestra voluntad rogarte encarecidamente que los perdones, á cuyo fin te alzamos desde ahora el juramento que nos tenias empeñado». Llenóse con esto de regocijo don Alfonso, viendo ya sin falsía la mezquita convertida en iglesia y entró muy alegre á ordenar las cosas de Toledo. Quizá todo no era más que un drama hábilmente ejecutado, llevada la habilidad hasta el punto de hacer servir la infraccion de las capitulaciones para representar á los musulimes, que vivian bajo su poder, que tendrian proteccion en la defensa de sus fueros y garantías, aun contra las personas más altamente colocadas. Mas sea como quiera, las historias árabes refieren el hecho con pormenores que por ser en alguna manera diferentes, no dejan de tener probabilidad en alto grado. En primer término colocan el acontecimiento de la purificacion de la mezquita á principios del año 1103, estando casado don Alfonso con Isabel Zaida, hija del rey de Sevilla, época que coincide con corta diferencia con la en que se otorgan los primitivos fueros de mozárabes castellanos y francos (1101). Demás acompañan su narracion con circunstancias muy curiosas, que demuestran la tolerancia de los cristianos ¹.

Volvamos ahora al último rey de Toledo, que acompañado de gentes que le facilitó don Alfonso, capitaneadas por Alvar Fañez, se dirigió á

1 Tal es la narracion de Al-Maccari
 وشرع في تغيير الجامع
 كنيسة في ربيع الاول سنة ٤٩٦ ومما جرى
 في ذلك اليوم ان الشيخ الاستاذ المغامى
 صار الى الجامع وصلى فيه وامر مریداً
 له بالقراءة وواغاه الفرنج لعنهم الله وتكاثروا
 التغيير القبله فما جسر احد منهم على ازعاج
 الشيخ ولا معارضته وعصمه الله منهم الى ان
 اكمل القراءة وسجد سجدة ورفع راسه
 وبكى على الجامع بكاءً شديداً وخرج

«Tratóse de convertir la aljama en iglesia en el mes de Rabi primero del año 496 de la hegira (1103 de J. C.); y entre las cosas acaecidas aquel día, merece citarse que habiendo llegado el jeque y doctor Al-Moguemí á la mezquita, hizo su ázala y mandó á un su discípulo que leyera, á punto en que llegaron los cristianos (Dios los maldiga) en gran número para cambiar la alquibla ó frente del santuario, sin que ninguno le arrancase de allí violentamente, ni le causase molestias, sino que el señor le defendió de ellos hasta que acabada la lectura se prosternó en tierra una vez, alzó la cabeza y lloró abundantemente. Luego salió sin que nadie le incomodara con pretextos».

la conquista de la ciudad y reino de Valencia. No fué poca dicha para Al-Cadir llegar á tiempo que pudieron favorecer grandemente sus intentos las divisiones intestinas que devoraban aquel reino infortunado. Aprovechando tan buena coyuntura, entró en la ciudad con los castellanos, auxiliares costosos, que debieron pagar harto caros sus servicios. Viéndose sin recursos, propuso Yahia á aquellos guerreros el que se estableciesen en el país, donde les repartiría dilatadas propiedades; mas no dándose por pagados, sobre hacer cultivar sus campos por siervos, cometieron todo linaje de excesos, robando, matando y recorriendo con sus algaras todo el territorio. Llamó el atractivo de semejante género de vida á su alrededor multitud de esclavos y gente baldía, que no tenían de mahometanos sino el nombre, quienes con fingida conversion al cristianismo, ó á favor de cierta indiferencia religiosa, harto comun entre gente de armas, aumentaban cotidianamente el número de aquellas temidas bandas. Una palabra ó un deseo de Alfonso hubiera bastado para hacerle dueño de Valencia; pero encerrado en la habitual reserva de su carácter, aguardaba á que le abriesen fácil camino las hazañas, los castigos y aun las violencias de Alvar Fañez y del Cid. Retirado el primero de estos caudillos á la aproximacion de los almoravides para acudir á la defensa de su patria, y repuestos los cristianos de la jornada de Badajoz, volvieron sus esfuerzos contra los soberanos de la España Oriental. En tanto que las gentes del Cid se mantenian en Valencia, habianse atrincherado en el castillo de Aledo algunos almogavares castellanos, los cuales, dirigiendo su terrible algará á los reinos de Murcia, Almería y Granada, tenían en conturbacion toda la tierra de Andalucía. La reputacion de aquellos guerreros los hacia á tal punto respetados, que no se atrevian los musulimes á hacerles frente, por mucha superioridad que tuviesen en número. Venia el rey de Sevilla con grueso ejército de sus gentes y de almoravides para auxiliar al señor de Lorca Aben-Al-Yaia, cuando tuvo noticia de que divagaban por el país trescientos castellanos. Lleno de confianza Al-Mutamid, llamólos á la pelea; pero no pudo contener la fuga de los suyos.

Era, pues, difícil hacerse ilusiones sobre las esperanzas de los sarracenos, sin el auxilio de los almoravides. Solicitáronlo otra vez los notables de Andalucía, y ahora Al-Mutamid pasó con este fin al África en persona. Fué, sin embargo, aquella expedicion tan deseada muy fatal para los soberanos árabes españoles; porque no solamente no alcanza-

ron ventaja alguna sobre los cristianos, sino que fueron víctimas de la soberbia de los almoravides, quienes á pesar de su arrogancia, alzaban el campo de Aledo, al acercarse el rey don Alfonso con diez y ocho mil de los suyos. En cambio, dada la vuelta por los castellanos, que abandonaron y asolaron el castillo de Aledo, comenzó á dar rienda el almoravide á sus ambiciosos planes; y cediendo á las sugerencias de fanáticos faquíes, que preliminarmente le absolvieron de sus pactos, en otro viaje que hizo á España en 1090, despues de una expedicion hasta Toledo, cuyas murallas destruyó en parte, se apoderó de los reinos de Abdalláh y Temim, hijos de Badis, que teniendo los estados de Málaga y de Granada, habian implorado en vano el auxilio del rey de Castilla. Entonces, comprendiendo el monarca sevillano la suerte que le aguardaba, se apresuró á hacer alianza con Alfonso, á quien dió una hija suya por esposa.

De esta alianza, cuyo motivo real hemos expuesto, han formado algunos cronistas el argumento de una leyenda amorosa, cuyos pormenores pueden presentar con todo algunos elementos de autenticidad probable ¹.

Como quiera que sea de estos pactos, intentando el general almoravide Sir Ben-Abí-Bequer apoderarse de los estados de Al-Mutamid, entrando y conquistando las ciudades de Jaen, Córdoba, Baeza, Úbeda y Carmona, pidió el rey de Sevilla auxilio á don Alfonso, que le envió el general Alvar Fañez con un ejército de veinte mil ginetes y cuatro mil

1 Cuentan algunas crónicas castellanas que deseando el rey de Sevilla dar una colocacion brillante á su hija Zaida, doncella tan hermosa como discreta, le ofreció en dote número considerable de poblaciones, cuyo señorío disfrutaba, residiendo en Cuenca. Que allí, teniendo nuevas de la bizarría de don Alfonso, le manifestó por mensaje cuántos eran sus deseos por verle, á lo cual accedió el emperador, acudiendo á Cuenca, despues de aconsejarse de sus grandes; y quedando muy pagado de la discrecion y prendas de la infanta, resolvióse á tomarla por esposa, si queria abrazar la religion del Mesías. Refieren asimismo que, aceptado el partido por la don-

cella, vino en ello muy alegre Al-Mutamid, quien le dió en dote Cuenca, Huete, Ocaña, Uelés, Mora, Consuegra, Alarcos, Caracuel, con otros pueblos de importancia.

Observan, sin embargo, diligentes historiadores que tal casamiento no pudo verificarse hasta la muerte de doña Berta, acaecida en 1097, seis años despues que Al-Mutamid perdió el trono, lo cual hace pensar que hasta aquella época, en que tuvo lugar probablemente su conversion, no la hubo por esposa; mas sí por amiga, que con las fortalezas expresadas debía servir de rehenes y garantía de la lealtad del príncipe sevillano.

infantes; mas derrotado este ejército en Almodóvar, fué tomada Sevilla por capitulacion y conducido á Tánger su soberano.

Al siguiente año de 1092 apoderábanse los almoravides de Valencia, con muerte de Al-Cadir, que reinaba allí con apoyo de los cristianos; pero en breve fueron atajados sus progresos en esta parte por las no interrumpidas victorias del Campeador, Mio Cid Ruy Diaz.

CAPÍTULO IV



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

CAPÍTULO IV.

Valencia bajo la proteccion de Mio Cid Ruy Diaz.—Entrada de los almoravides.—Muer-
te de Al-Cadir.—Gobierno de Aben-Giahaf.—Primeras negociaciones para la entrega de
Valencia.—Conducta del Cid con los musulimes.—Capitulaciones otorgadas por el mismo
á los moradores de Valencia.—Conquista de Murviedro.—Continuacion de la política de
don Alfonso VI.—Batalla de Uclés.—Expulsion de los mozárabes por los castellanos.—
Reaccion contra las costumbres orientales.

Al declinar el siglo XI, destácase entre las sombras que rodean la historia de los mudejares españoles, una altiva figura, cuyas hazañas, iluminadas desde entonces con la lumbre del patriotismo, aparecen siempre brillantes; la figura del conquistador de Valencia, del valeroso Rodrigo Diaz, el Campeador castellano. Representante la tradicion y los cantares rindiendo desde su juventud caudillos que convierte en vasallos, é intérprete de la admiracion producida en nuestro suelo entre grandes y menores por las hazañas de aquel adalid incansable, la imaginacion nacional teje una leyenda armónica con su carácter histórico, considerado en la época de su mayor desenvolvimiento. Dicha época, á contar desde el año 90 al penúltimo del mencionado siglo, en que muere el Campeador, abraza nueve años, corto espacio de tiempo, si las acciones heroicas, que en él se suceden, no le hicieran extraordinariamente grande.

Á la muerte de Al-Mondir de Zaragoza, acaecida en 1092, fuera de los feudos de Alcocer, Calatayud y Molina, citados en el *Poema de Mio Cid*, pagaban párias á Rodrigo Diaz las ciudades de Albarracin, Alpuente, Murviedro, Xérica, Segorbe, Almenara, Denia, Xátiva y Tortosa. En particular, el tributo de Valencia valíale hasta doce mil escudos, á más de mil doscientos para un obispo, puesto por influencia del rey don Al-

fonso. Sus rentas tuvieron aun aumento de mayor importancia, cuando temerosos de sus armas los tutores de los hijos de Al-Mondir, compraron su proteccion, mediante el tributo anual de cuarenta mil escudos. Forzado á compartir desde entonces su atencion entre los estados de Zaragoza y los de Valencia, vivia alternativamente en cada uno de ellos, circunstancia que aprovecharon los valencianos para abrir las puertas, durante su ausencia, á los almoravides. En virtud de tamaña traicion, á que cooperó en gran parte Aben-Giahaf, fué depuesto y asesinado por los suyos el sultan Al-Cadir, siendo inútiles los esfuerzos de Aben-Al-Farag, teniente del Cid, para salvarle.

Luego que supo este lo ocurrido, escribió una carta al cadí Aben-Giahaf, que se habia hecho presidente de aquella suerte de república, en que se constituyera Valencia, echándole en cara la traicion cometida con Al-Cadir, y reclamándole tambien cantidad de trigo de su propiedad, que habia quedado en sus granjas. Respondióle el cadí, pretextando que todo habia sido robado, y ofreciéndole con afectacion de fineza su amistad, si queria obedecer á los almoravides. Encendido en cólera el Campeador, escribió otra carta más amenazadora, con juramento de vengar la muerte de Al-Cadir. Al propio tiempo, ordenó á los gobernadores de todos los castillos comarcanos que proveyesen su ejército de víveres, llamamiento á que acudieron todos, puesta excepcion únicamente en el poeta Abo-Ysa-ben-Labbón, quien acordó entregar la ciudad de Murviedro al señor de Albarracin para que este se entendiese con el Cid, ganoso él por su parte de vivir tranquilamente en el asilo de la vida privada ¹.

Dos veces al dia, por la mañana y por la tarde, enviaba el Cid sus aterradoras algaras al territorio de Valencia. Cogíanse en ellas ganados y se cautivaba sin piedad á cuantos discurrían por los caminos, salvo el vulgo de campesinos y gente labradora, porque el Cid con toda prevision habia encargado á los suyos que no molestaran á los habitantes de la huerta, ni les estorbasen en sus faenas; antes trataran de atraerlos, recomendándoles la asiduidad en el trabajo.

¹ De este poeta, á quien la *Estoria de España* suele apellidar *Aben Lupon*, consérvanse versos que hacen recordar algunos de Rioja. Así se expresa en una composicion suya:

«Me he separado del mundo y le he di-

cho: en adelante no tengo nada que ver contigo, porque no quiero que me engañes sobre la verdad.

Tengo un jardin al lado de mi casa; un libro me sirve de fiel compañero», etc.

Mientras el Cid sitiaba á Cebolla, el dicho Aben-Giahaf, quien no se extremaba por la deferencia hácia la persona de Abo-Nasir, caudillo africano que tenia en su compañía, pidió auxilio, no obstante, al general almoravide Aben-Ayexa, gobernador de Denia, á la sazón en que en la ciudad fraguaba una conspiración Abo-Nasir, aliado ya con los Benu-Tahir para derribarle del mando. Sabido todo por el Campeador, prometió á Aben-Giahaf protegerle, según lo había hecho con Al-Cadir, á condición de que rompiera con los almoravides. Consultó el cadí con Aben-Al-Farag, á quien tenia en su poder, sobre la lealtad del Cid, y recibiendo las seguridades que apetecía respecto de este punto, disminuyó la paga á los almoravides auxiliares, so pretexto de la carestía en que se hallaba. En esta sazón recibió carta del gobernador de Denia, aconsejándole enviar dinero á Yusuf para que le viniera á amparar con ejército numeroso, lo cual consultado con el senado ó aljama, y resultando conformidad en los pareceres, decidió por sí enviarlo. Fueron encargados de llevar el presente un hijo de Abdalaziz, un individuo de la familia de los Benu-Tahir y el mismo Aben-Al-Farag, antiguo general del Cid, admitido ya á la confianza del asesino de Al-Cadir. Aparentando entrar en sus miras, despachó secretamente el caudillo del Campeador aviso á sus compañeros cristianos, quienes cayendo sobre la comitiva, hicieron presa en los espléndidos regalos que conducía á África. En aquel momento estaba para rendirse Cebolla; ganada á poco por el Campeador, se adelantó este sobre Valencia, y quemando las propiedades de la familia de Aben-Giahaf, al par que demoliendo las casas de los alrededores, envió el material á Cebolla para reedificarla de nuevo. Asoló de igual suerte el arrabal de Villanueva, que hizo ocupar al cabo por los suyos. En cuanto á Alcudia, vinieron sus habitantes á pedirle la paz, que concedió, ocupándolo por la noche, y prohibiendo á sus soldados, so pena de muerte, que hiciesen daño á los moradores. Con todo, volvieron á implorarle el día siguiente, hasta que el Cid les prometió solemnemente respetar sus propiedades y no tomar arriba del diezmo de los frutos, encargando á su almojarife, el moro Aben-Abdos, percibir las contribuciones á que tenia derecho. Gozosos los de Alcudia, le trajeron víveres y mercaderías en tanta abundancia, que su ejército estuvo desde entonces extraordinariamente provisto.

Resolvióse al postre el Cid á estrechar á Valencia, donde Aben-Giahaf veíase combatido de contrarias fuerzas. Hostigábase de una parte los almoravides, llamados por los de la ciudad; fatigábase por otra Ro-

drigo Diaz de Vivar, cada vez más exigente. Afligida en tanto la ciudad por el rudo azote del hambre, cargaban los valencianos toda la culpa de ella á Aben-Giahaf, y eligieron en consecuencia á los Benu-Taher para que los gobernasen ¹. Gozábase por el contrario en los alrededores abundancia de todo, merced á la proteccion que habia dispensado el Cid á las gentes de los campos, y convertido además el arrabal de Al-cudia en mercado abierto. Iban las cosas de tal modo, que los gobernadores de los castillos comarcanos acudian diariamente á prestar vassallaje al Cid, quien acogiéndolos con benevolencia, dábales el cargo de ministrarles ballesteros y peones, para combatir la ciudad cercada, cuyos conflictos crecian cada momento. Disgustados en efecto los valencianos de los Benu-Taher, que no habian acertado á remediar sus males, tornaban la confianza á Aben-Giahaf, el cual, repugnando las exigencias del Cid, comenzó por demandar auxilio al rey de Zaragoza; mas no se movió este de su capital, sordo á su tardío llamamiento. Forzado al cabo á rendirse, comisionó al cadí Al-Guattam para que se entendiera con Aben-Abdos, encargado por Mio Cid de pactar las capitulaciones.

Tras repetidas conferencias, convinieron en que los valencianos enviasen nuevamente mandaderos al rey de Murcia y al general Aben-Ayexa, á condicion de que si no eran socorridos, pasado el término de quince dias, se rindiese Valencia con estos pactos:

- » Que Aben-Giahaf conservase en la ciudad la autoridad que en ella alcanzaba.
- » Que gozaria de toda seguridad en su persona y bienes, así como su mujer é hijos.
- » Que Aben-Abdos inspeccionaria la recaudacion de los impuestos.
- » Que Muza, amigo del Cid, tendria en Valencia el mando militar.
- » Que la guarnicion se compondria de cristianos mozárabes.
- » Que el Cid no haria novedad en las leyes de Valencia, ni en las contribuciones, ni en la moneda ².

Aprobados dichos capítulos por ambas partes, y transcurridos los quince dias de expectacion sin que asomase el deseado socorro, ni osa-

¹ El terror que á la sazón reinaba en Valencia, aparece muy á las claras de la elegía compuesta por uno de los sitiados, que incluye al llegar á este punto la *Estoria*

de España, escrita por don Alfonso X.

² *Estoria de España*, edición de 1541, pág. 270 y siguientes.

ran los almoravides arrostrar las haces del Cid; aunque habia declarado este que en tal caso no se tendria por obligado á la observancia de las capitulaciones, retardaron los moros otro dia aun el acto de abrir las puertas, lo cual verificaron al fin á las doce de la mañana del siguiente, que fué el 15 de junio de 1094 ¹. Entrados en la ciudad los soldados del Campeador, comenzaron á ocupar los baluartes y fortificaciones, desatendiendo las representaciones de Aben-Giahaf, que pretendia reconvenirles por su falta de respeto á lo pactado. El Cid en persona subió á la torre más alta de la alcazaba, desde donde contempló la ciudad, como para tomar posesion de ella, y en muestra de su autoridad y poderío.

Vinieron despues los musulimes á besarle la mano, cortesía á que correspondió, otorgándoles muchas consideraciones, y ordenando en su obsequio murar las ventanas de las torres que daban sobre la ciudad; medida discreta y acomodada al carácter receloso de los sarracenos, y que fué objeto de pacto especial en posteriores capitulaciones. Dispuso, además, que los cristianos honrasen á los musulimes cuando los encontrasen, saludándolos y cediéndoles el paso. Agradecidos los musulimes al honor que les dispensaba el Campeador, se entregaron á expansivo júbilo, declarando en altas voces que no habian visto jamás hombre tan excelente, más honrado, ni que mandase gentes mejor disciplinadas.

Llegó asimismo Aben-Giahaf á ofrecerle un presente considerable en gruesas cantidades de dinero; pero el Cid, que sabia cómo lo habia adquirido, medrando con la miseria del pobre en la pasada carestía, negóse resueltamente á aceptarlo, con lo cual creció su popularidad, excediendo á todo encomio. En esto seguia el mismo sistema empleado por Alfonso VI con los vasallos mudejares: hacer odioso el antiguo estado social, mejorando la suerte de los vencidos y desobligándolos con sus antiguos señores, sobre los cuales hacia pesar la reconvenccion y el oprobio.

Al propósito mandó pregonar por un heraldo la invitacion á todos los propietarios para que se reunieran en su jardin de Villanueva, y subien-

1 La *Gesta Roderici* refiere muy de otra manera la entrada, como llevada á cabo á viva fuerza: «Rodericus autem, non modico tempore, Valentiam solito more fortius ac

robustius ex omni parte debellavit, eamque expugnatam tandem gladio viriliter cepit, captamque continuo depraedatus est».

do á un tablado cubierto de alfombras, que se hallaba aparejado á este fin, dispuso que se sentaran delante de él y les tuvo una plática tan discreta como satisfactoria ¹.

Con palabras de gran cordura, dijoles que podian volver á sus antiguas heredades, entrando en posesion aun de las que hallasen cultivadas, con solo indemnizar por su trabajo al cultivador, segun la ley de los moros. Recordándoles las vejaciones que venian experimentando con sus cadíes, prometiéndoles administrarles entera justicia por sí mismo, á cuyo fin les señaló dos dias por semana, lunes y jueves, á la usanza de los musulimes, sobre mostrarse accesible á todos en cualquier momento que fuese menester por la urgencia de los negocios.

Al obrar así el Cid, inspirado por sentimientos de rectitud y de benevolencia, olvidaba acaso su verdadera situacion y las necesidades que la guerra trae consigo. Descansaba en los asuntos de hacienda en su almorjefe Aben-Abdos, el cual con prevision exquisita habia dispuesto de todo, y cuando los sarracenos se presentaron á recobrar sus tierras, fueron rechazados por los soldados de Ruy Diaz, que alegaban haber pagado su venta, y haber recibido aquellos terrenos por el sueldo del año. Llegado el jueves siguiente, acudieron los quejosos al Cid; pero este, desentendiéndose de sus reclamaciones, comenzó por manifestarles lo sagrado de la obligacion que habia contraido con sus soldados, é insistiendo sobre el derecho que tenia como señor para disponer de todo, segun mejor le pareciera, demandóles que le entregasen la persona de Aben-Giahaf, presidente de la aljama, en quien pensaba castigar pasados crímenes y traiciones.

Hiciéronlo así, aparentando condescender de grado con lo que no podian resistir en modo alguno, viniendo aquel desventurado magnate á manos del Campeador, quien castigó en él durísimamente ² el asesinato de Al-Cadir con algun aparato de justicia, aunque afeada con la nota de destemplada crueldad. Tras esto, mandó salir de la ciudad á cuantos musulimes habian dejado de serle fieles en las pasadas guerras, que eran el mayor número, disponiendo que asimismo lo hicieran cuantos no se hallasen bien con su gobierno, y previno á los que quedaron, que no

¹ Véase en la *Estoria general*. Tambien se encuentra reproducido con ligeras variantes en Mr. Dozy, *Recherches*, t. II,

pág. 195, y en Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, pág. 126.

² Le hizo quemar vivo.

habian de tener en sus casas más de una mula y un esclavo, ni otras armas que aquellas para que fuesen autorizados.

Prometióles, no obstante, la libertad de sus mezquitas en Valencia y en Alcudia, conservar sus faquíes, leyes y alcaldes, con un alguacil nombrado por él mismo, y la posesion de sus heredades, reservándose el derecho de señor sobre las rentas y la administracion de justicia, no menos que sobre la moneda, que prometió acuñar con su nombre ¹. La desconfianza sembrada por tan extraño proceder fué tan profunda, que movió á los musulimes á abandonar el pais casi en masa, siendo tan considerable el número de habitantes emigrados, que al decir de algunas historias, tardaron en desfilar dos dias ².

Prosiguiendo el hilo de sus conquistas, apenas interrumpido por los vanos alardes de los almoravides, cuatro años despues pensó en la adquisicion de Murviedro, ganoso de recoger las últimas joyas de la desbaratada corona de los soberanos de Valencia. Á este fin abrió la campaña con la toma de Almenara, que hubo de entregarse por fuerza. Aterrados los habitantes de la moderna Sagunto, le pidieron tregua por treinta dias, en cuyo tiempo, perdida la esperanza de que viniese á acorrerlos su señor Aben-Racin, solicitaron en vano la proteccion de don Alfonso de Castilla ³, de Al-Mostain de Zaragoza, de los almoravides y del conde barcelonés. Pasados los treinta dias del plazo, suplicaron otros doce y aun despues prorogar la tregua hasta Pentecostés: el Cid, mostrándose extraordinariamente generoso, otorgóse la hasta San Juan, ofreciéndoles en este término todo linaje de seguridades respecto de sus mujeres, hijos y bienes, y en lo de evacuar la ciudad pacíficamente no menores facilidades y garantías. Alentados con estas concesiones se atrevieron á permanecer en la ciudad algunos sarracenos; pero á los tres dias de entrarla intimóles el Cid que le entregasen cuantas riquezas poseyesen y aun las que hubiesen sacado de la ciudad y las que enviaran á los almoravides, so pena de encarcelarlos ó cargarlos de cadenas. Así lo hizo con todos los que no pudieron en modo alguno satisfacerle, y fueron conducidos cautivos á Valencia.

Muerto el Cid aquel año (1099), todavia mantuvo la ciudad su esposa doña Jimena, defendiéndola con valor hasta Octubre de 1101, en que sitiada por el general almoravide Mazdalí, á los siete meses de asedio

¹ Así parece de la narracion de la *Historia de España*, L. C.

² Dozy, O. C., pág. 202.

³ *Gesta Roderici Campidocti*.